

esta extraña situación en que se han encontrado muchas mujeres que se han perdido después de haber sido acusadas injustamente.

Al empezar la pasión, los obstáculos asustan á las gentes inexpertas, y los que encontraron los dos amantes se parecían mucho á las cuerdas con que los liliputienses ataron á Gulliver. Eran insignificancias multiplicadas que hacían imposible todo movimiento y que anulaban los más violentos deseos. Así, pues, la señora de Bargetón tenía que permanecer siempre visible, y si hubiera cerrado su puerta á las horas en que iba á verla Luciano, este solo hecho hubiese tenido la misma importancia que si se hubiera escapado con él. Es verdad que le recibía en aquel gabinete donde él se creía el amo; pero las puertas permanecían ostensiblemente abiertas y todo ocurría de la manera más virtuosa. El señor de Bargetón se paseaba por su casa como un chorlito, sin creer que su mujer deseara estar sola con Luciano, y si no hubiese habido más obstáculo que él, Nais habría podido perfectamente alejarle dándole alguna ocupación; pero la dueña de la casa estaba siempre llena de visitas que aumentaban tanto más, cuanto mayor era la curiosidad. Los provincianos son inoportunos por naturaleza y sienten cierta satisfacción en contrariar las pasiones nacientes. Los criados iban y venían por la casa sin ser llamados y sin anunciar tampoco las visitas, debiéndose estas sus costumbres á la tolerancia de una mujer que no tenía nada que ocultar. Cambiar las costumbres de su casa ¿no equivalía á confesar un amor que inspiraba ya sospechas á toda la villa? Por otra parte, la señora de Bargetón no podía poner los pies fuera de su casa sin que todo Angulema supiese adónde iba, y pasearse sola con Luciano fuera de la villa era un paso decisivo que habría sido más peligroso que el encerrarse con él en su propia casa. Si Luciano se hubiese quedado hasta más de media noche en casa de la señora de Bargetón sin que alguien les hiciese compañía, al otro día todo el pueblo hubiera comentado el hecho. De modo que, lo mismo fuera que dentro de casa, la señora de Bargetón vivía siempre en público. Estos detalles dan una idea de lo que es la vida de provincias, donde las faltas no pueden permanecer de ningún modo ocultas.

Como todas las mujeres arrastradas por una pasión é inexpertas, Luisa reconocía una á una todas las dificultades de

su posición, las cuales la llenaban de espanto, dando lugar esto á esas amorosas discusiones que roban las hermosas horas en que los amantes se encuentran solos. La señora de Bargetón no tenía ninguna casa de campo adonde hubiese podido llevar á su querido poeta, como hacen algunas mujeres que se trasladan al campo con cualquier hábil pretextito. Cansada de vivir en público é impulsada por aquella tiranía cuyo yugo era más duro que gratos sus placeres, Luisa pensaba en Escarbas y proyectaba ir á hacer una visita á su padre; tanto le irritaban aquellos miserables obstáculos.

Sin embargo, Chatelet no creía en tanta inocencia, acechaba las horas en que Luciano iba á casa de la señora de Bargetón, y entraba en ella algunos instantes después, acompañado siempre del señor Chandour, el hombre más indiscreto de aquella sociedad, el cual cedía siempre el paso para entrar, esperando una sorpresa ó una casualidad. Su papel y el logro de sus planes eran tanto más difíciles, cuanto que tenía que permanecer neutral á fin de dirigir á todos los actores del drama que quería hacer representar. Para adormecer á Luciano, á quien acariciaba, y á la señora de Bargetón, que no carecía de perspicacia, se había aliado con la envidiosa Amelia. Para espiar mejor á Luisa y á Luciano, hacía algunos días que había establecido entre él y el señor de Chandour una controversia acerca de los dos enamorados. Chatelet afirmaba que la señora de Bargetón se burlaba de Luciano y que era demasiado orgullosa y demasiado bien nacida para descender hasta el hijo de un farmacéutico. Este papel de incrédulo estaba en armonía con el plan que se había trazado, pues deseaba pasar por defensor de la señora de Bargetón. Estanislao sostenía que Luciano era amante afortunado, y Amelia agujoneaba la discusión para saber la verdad. Cada uno alegaba sus razones. Como ocurre en las villas pequeñas, muchas veces algunos íntimos de la casa de Chandour llegaban en medio de una conversación en que Chatelet y Estanislao justificaban á porfía su opinión con excelentes observaciones, y era muy difícil que cada adversario no se procurase partidarios preguntando á su vecino: —¿Y usted qué opina de esto?—Esta controversia tenía constantemente en evidencia á la señora de Bargetón y á Luciano. Por fin, un día Chatelet advirtió que siempre que el señor de Chandour y él se presentaban en casa de la señora de Bargetón y Luciano estaba allí, su actitud no de-

notaba nada sospechoso en sus relaciones: la puerta del gabinete estaba abierta, los criados iban y venían y no se veía allí ningún misterio que anunciase los bonitos crímenes del amor, etc. Estanislao, que no carecía de cierta dosis de estupidez, prometió entonces que al día siguiente llegaría de puntillas hasta la puerta, acción ésta que fué muy aplaudida por Amelia.

El día siguiente fué para Luciano uno de esos en que los jóvenes se arrancan algunos cabellos, jurándose á sí propios no continuar el estúpido oficio de adorador platónico. El poeta, que había tomado tímidamente una silla en el gabinete sagrado de la reina de Angulema, se había metamorfoseado en enamorado exigente. Seis meses habían bastado para que él se creyese igual á Luisa y desease ser su dueño. Salió, pues, de su casa prometiéndose mostrarse decidido, emplear todos los recursos de una elocuencia inflamada y decir que estaba loco hasta el punto de no poder coordinar un pensamiento ni escribir una línea. Ciertas mujeres tienen un horror atroz á las terquedades, y ceden á la insinuación; pero no á las convenciones. Generalmente, nadie quiere un placer impuesto. La señora de Bargetón notó en la frente, en los ojos, en la fisonomía y en los modales de Luciano ese aire agitado que denota una resolución tomada, y se propuso destruirla un poco por espíritu de contradicción y algo por orgullo. Como mujer vehemente, Luisa exageraba su persona, se creía una soberana, una Beatriz ó una Laura, imaginábase ser la reina del torneo literario como en la Edad media, y opinaba que Luciano debía merecerla después de varias victorias en que hubiese eclipsado á Lamartine, á Walter Scott y á Byron. La noble criatura consideraba su amor como un principio generoso, y creía que los deseos que inspiraba á Luciano habían de ser una causa de gloria para él. Este quiotismo femenino es un sentimiento que da al amor una consagración respetable que le hace útil, le agranda y le honra. Obstinada en desempeñar el papel de Dulcinea en la vida de Luciano durante siete ú ocho años, la señora de Bargetón quería vender su persona á cambio de una especie de esclavitud ó de constancia durante un espacio de tiempo que le permitiese juzgar á su amigo. Cuando Luciano hubo empeñado la lucha con uno de esos enfados que causan risa á las mujeres que son aún libres y que sólo entristecen á las mujeres

amadas, Luisa tomó un aire digno y terminó de esta suerte uno de esos largos discursos plagados de palabras pomposas:

—¿Es esto lo que usted me había prometido, Luciano? En un presente tan grato, le ruego que no me haga sentir los remordimientos que más tarde envenenarían mi vida. No estropee usted su porvenir; y, lo digo con orgullo, no eche usted á perder tampoco el presente. ¿No posee usted mi corazón por entero? ¿Qué más necesita usted, pues? ¿Permite usted que los sentidos influyan en su amor, cuando el privilegio más hermoso de una mujer amada es imponerles silencio? ¿Por quién me toma usted, pues? ¿Ya no soy su Beatriz? Si no soy para usted algo más que una mujer, entonces tendré que ser algo menos.

—No hablaría usted de otro modo á un hombre que nada le interesase—exclamó Luciano furioso.

—Si no comprende usted todo lo que hay de amor verdadero en mis ideas, nunca será digno de mí.

—Sí, usted duda de mi amor para evitar el responderme—dijo Luciano arrojándose á sus pies y llorando.

Al ver que permanecía tanto tiempo á las puertas del paraíso, el pobre muchacho lloró con lágrimas de poeta que se creía humillado, lágrimas de niño desesperado á quien se le niega el juguete que pide.

—Usted no me ha amado nunca—exclamó Luciano.

—Usted sí que no cree lo que dice—respondió Luisa, satisfecha de aquella violencia.

—Pruébeme, pues, que es usted mía—dijo Luciano desesperado.

En este momento, se presentó Estanislao, sin ser oído, vió á Luciano medio tumbado, llorando y con la cabeza apoyada en las manos de Luisa, y, satisfecho de aquel cuadro suficientemente sospechoso, corrió á unirse á Chatelet, que le esperaba á la puerta del salón. La señora de Bargetón se dió prisa á salir al oír ruido; pero no pudo alcanzar á los dos espías, porque éstos se habían apresurado á retirarse, cual si se considerasen importunos.

—¿Quién ha venido?—preguntó Luisa á sus criados.

—Los señores de Chandour y del Chatelet—respondió Gentil, su antiguo ayuda de cámara.

—¿Si le han visto á usted así, estoy perdida!—dijo Luisa á Luciano entrando en su gabinete pálida y temblorosa.

—¡Mejor!—exclamó el poeta.

Al oír este grito de egoísmo lleno de amor, Luisa se sonrió. En provincias, una aventura semejante se agrava por la manera como es contada. En un momento, todo el mundo supo que Luciano había sido sorprendido á los pies de Nais. El señor de Chandour, satisfecho de la importancia que le daba este suceso, se apresuró á ir al círculo á contar el gran acontecimiento, y después de casa en casa. Chatelet se apresuró á decir en todas partes que no había visto nada; y, al esquivar así su responsabilidad, movía á Estanislao á hablar, haciéndole enriquecer los detalles, los cuales iban aumentando á cada nuevo relato. Por la noche, la sociedad afluyó á casa de Amelia, pues á aquella hora, circulaban ya las versiones más exageradas entre la nobleza de Angulema, cada uno de cuyos narradores había imitado á Estanislao. Hombres y mujeres estaban impacientes por conocer la verdad, y debemos de advertir aquí que las mujeres que hacían más escrupulos y que más escandalizadas se mostraban, eran precisamente Amelia, Ceferina, Fifina y Lolote, culpables todas de relaciones ilícitas. El tema fué comentado en todos los tonos.

—Conque ¿qué le parece á usted de esa pobre Nais?—decía una.—Yo no lo creo, porque tiene por delante una vida irreprochable, y es demasiado orgullosa para ser otra cosa que la protectora del señor Chardón. En fin, de todos modos, si eso fuese cierto, yo la compadezco de todo corazón.

—Es tanto más digna de compasión, cuanto que incurre en un ridículo espantoso, toda vez que podría ser madre del señor Lulú, como le llamaba Jacobo. Ese poetaastro tiene á lo sumo veintidós años, y Nais, entre nosotros sea dicho, tiene más de cuarenta.

—Yo—decía Chatelet—opino que la situación misma en que estaba el señor de Rubempré prueba la inocencia de Nais, porque nadie se pone de rodillas para pedir lo que ha obtenido ya.

—Eso, según—dijo Francis con aire avisgado, que le valió una mirada de desaprobación de Ceferina.

—Pero, díganos usted bien cómo estaban—preguntaron á Estanislao formando un corrillo secreto en un rincón del salón.

Estanislao había acabado por componer un cuentecillo lleno de indecencias, y lo acompañaba de gestos y de posturas que agravaban prodigiosamente la cosa.

—¡Es increíble!—exclamaba uno.

—¡A las doce del día!—decía otro.

—Nais hubiera sido la última de quien yo hubiera sospechado.

—¿Y qué hará ahora ella?

Después de esto, se hicieron infinitos comentarios é hipótesis. Chatelet defendía á la señora de Bargetón; pero lo hacía con tanta frialdad, que, en lugar de extinguir el fuego de la maledicencia, lo atizaba. Lili, desolada al ver la caída del ángel más hermoso del olimpo de Angulema, se fué llorando á contar la noticia al obispado. Cuando la villa entera se hizo eco de estos rumores, el feliz Chatelet se fué á casa de la señora de Bargetón, donde no había, ¡ay!, más que una mesa de *whist*, y con mucha diplomacia le dijo á Nais que quería hablarle dos palabras á solas en su gabinete. Ambos se sentaron en el pequeño canapé, y Chatelet empezó diciendo en voz baja:

—Supongo que sabrá usted lo que dice hoy todo Angulema.

—No—le contestó ella.

—Pues bien, yo soy demasiado amigo suyo para permitir que siga usted en la ignorancia, y debo ponerla á usted en situación de hacer cesar ciertas calumnias inventadas, sin duda, por Amelia, que tiene la presunción de creerse rival de usted. Venía yo esta mañana á verla á usted con ese mono de Estanislao, que iba algunos pasos delante de mí, cuando al llegar aquí—dijo señalando la puerta del gabinete,—aseguró que la había visto á usted con el señor de Rubempré en una situación que no le permitía entrar, y entonces volvió á unirse á mí, arrastrándome sin que yo conociese la causa de su retirada, que él me comunicó luego en la calle de Beaulieu. Si yo lo hubiese sabido, no me hubiera movido de su casa de usted, á fin de esclarecer sus palabras en provecho de usted; pero volver á su casa después de haber salido, ya no conducía á nada. Ahora, que Estanislao haya visto visiones, ó que tenga razón, el caso es que hay que desmentirle. Querida Nais, no permita usted que un tonto juegue con su vida, con su honor y con su porvenir, é impóngale silencio al instante. Usted ya conoce mi situación aquí, y aunque yo necesite de todo el mundo, usted sabe que le soy completamente adicto. Disponga usted de una vida que le pertenece. Aunque haya us-

ted rechazado mis demandas, mi corazón será siempre suyo, y le probaré que la amo en todas las ocasiones. Sí, yo velaré por usted como un fiel servidor, sin esperanza de recompensa, y únicamente por el placer que encuentro en servirle. Esta mañana, yo he dicho en todas partes que estaba á la puerta del salón y que no he visto nada. Si le preguntan á usted quién le ha comunicado lo que de usted se decía, no oculte que he sido yo. Me consideraré muy honrado siendo su defensor público; pero, aquí para entre nosotros, usted sabe que sólo el señor de Bargetón puede pedir cuenta de la injuria á Estanislao. Suponiendo que ese pequeño Rubempré haya hecho alguna locura, el honor de una mujer no puede estar á merced de un aturdido que se arroje á sus pies. Esto mismo he dicho yo en todas partes.

Nais dió las gracias á Chatelet con una inclinación de cabeza, y permaneció pensativa. Estaba cansada hasta la saciedad de la vida provinciana, y al oír las primeras palabras de Chatelet, fijó los ojos en París. El silencio de la señora de Bargetón ponía en una situación muy molesta á su sabio adorador, el cual exclamó, por decir algo:

—Disponga usted de mí, se lo repito.

—Gracias—respondió esta.

—Y ¿qué decide usted?

—Lo pensaré.

Prolongado silencio.

—¿De modo que ama usted á ese pequeño Rubempré?

Luisa dejó escapar una soberbia sonrisa, y cruzóse de brazos mirando á la puerta de su gabinete. Chatelet salió sin haber podido descifrar aquel corazón de mujer altiva. Cuando se hubieron marchado Luciano y los cuatro fieles ancianos que habían ido á hacer su partida de *whist* sin preocuparse por las maledicencias, la señora de Bargetón detuvo á su marido, que se disponía á ir á acostarse y que abría la boca ya para dar las buenas noches á su mujer.

—Venga usted acá, querido mío, tengo que hablarle—dijo Nais con una especie de solemnidad.

El señor de Bargetón siguió á su mujer al gabinete.

—Señor—le dijo ésta,—sin duda he hecho mal en proteger al señor de Rubempré con un calor que ha sido tan mal comprendido por las estúpidas gentes de este país, como por el mismo Luciano. Esta mañana, ese niño se ha arrojado á mis pies aquí, haciéndome una declaración de amor, y Estanislao

ha entrado en el momento en que yo lo levantaba. Olvidando los deberes que la cortesía impone á un hidalgo en toda clase de circunstancias tratándose de una señora, ha declarado que me había sorprendido en una situación sospechosa con ese muchacho, á quien yo traté entonces como se merecía. Si ese joven atolondrado supiese las calumnias á que ha dado lugar su locura, lo conozco y sé que iría á insultar á Estanislao y le obligaría á batirse. Esta acción sería como una declaración pública de su amor. No necesito decirle á usted que su mujer es inocente; pero ya comprenderá que hay algo de deshonroso para usted y para mí en que sea el señor de Rubempré quien me defienda. Vaya usted al instante á casa de Estanislao y pídale cuenta seriamente de las insultantes palabras que ha dicho de mí, sin olvidar que no debe usted consentir que se arregle el asunto, á menos que ese estúpido se retracte en presencia de numerosos é importantes testigos. De este modo se captará usted el respeto de todas las gentes honradas, obrará como hombre noble y galante, y tendrá derecho á mi estimación. Yo voy á dar orden á Gentil de que se vaya inmediatamente á Escarbas á avisar á mi padre, el cual debe ser uno de los testigos de usted, toda vez que, á pesar de su edad, sé que es hombre capaz de pisotear á ese muñeco que osa empañar la reputación de una Negrepelisse. Usted tiene la elección de armas, y como tira usted admirablemente, debe escoger la pistola.

—Allá voy—repuso el señor de Bargetón tomando el bastón y el sombrero.

—Bien, amigo mío—le dijo su mujer conmovida,—así me gustan los hombres; es usted un hidalgo.

Y esto diciendo, Nais le dió á besar su frente, cosa que hizo el anciano lleno de satisfacción y orgullo. Esta mujer, que sentía una especie de cariño maternal por aquel viejo niño, no pudo reprimir una lágrima al oír que la puerta cochera se cerraba tras él.

—¿Cómo me quiere!—se dijo Nais.—El pobre hombre ama la vida, y, sin embargo, la daría sin pena por mí.

El señor de Bargetón no se preocupaba ante la idea de tener que ponerse al día siguiente ante la boca de una pistola; no, la única cosa que le inquietaba y que le hacía temblar cuando se encaminaba á casa del señor de Chandour, era el modo cómo empezaría su discurso.

—¿Qué voy á decir?—pensaba.—Nais debía haberme aleccionado.

Y al mismo tiempo que caminaba, se devanaba los sesos para formular algunas frases que no resultasen ridículas.

Las gentes que viven, como vivía el señor de Bargetón, en un silencio impuesto por la escasez de sus conocimientos y sus cortos alcances, tienen la solemnidad asegurada en las grandes circunstancias de la vida. Hablando poco, dicen, como es natural, pocas tonterías, y reflexionando mucho lo que tienen que decir, la extrema desconfianza de sí propios les lleva á estudiar tan bien sus discursos, que se expresan á las mil maravillas por un fenómeno semejante al que desató la lengua de la burra de Balaam. El señor de Bargetón obró, pues, como un hombre superior, y justificando la opinión de los que lo consideraban como un filósofo de la escuela de Pitágoras, se presentó en casa de Estanislao á las once de la noche, y como encontrase allí numerosa compañía, se fué á saludar silenciosamente á Amelia, dirigió á todos su estúpida sonrisa, que pareció profundamente irónica en aquellas circunstancias, y luego su presencia originó un gran silencio, parecido al que se opera en la naturaleza á la aproximación de una tormenta. Chatelet, que había vuelto á casa de Estanislao, miró de una manera muy significativa á éste en el momento en que el señor de Bargetón se dirigía á él muy cortésmente.

Chatelet comprendió cuál debía ser el objeto de una visita hecha á una hora en que el anciano estaba siempre acostado. Para él era evidente que Nais agitaba aquel brazo débil, y como su posición al lado de Amelia le daba derecho á mezclarse en los asuntos de la casa, se levantó, llamó aparte al señor de Bargetón, y le dijo:

—¿Quiere usted hablar con el señor Estanislao?

—Sí—dijo el buen hombre, contento de hallar un mediador que tal vez tomaría la palabra por él.

—Pues bien, vaya usted al dormitorio de Amelia—le respondió el director de contribuciones, muy satisfecho de un duelo que podía hacer enviudar á la señora de Bargetón, prohibiéndola casarse con Luciano, causante del desafío.

—Estanislao—dijo Chatelet al señor de Chandour,—Bargetón viene sin duda á pedirle cuenta de las palabras que ha dicho usted de Nais. Vaya al cuarto de su mujer, y procuren obrar como nobles. No hagan ustedes ruido, afecten

mucha cortesía y tengan, en fin, toda la frialdad de la dignidad británica.

Y dicho esto, Estanislao y Chatelet fueron á unirse con Bargetón.

—Caballero—dijo el marido ofendido,—¿afirma usted haber encontrado á la señora de Bargetón en una situación sospechosa con el señor de Rubempré?

—Con el señor Chardón—repuso irónicamente Estanislao, que no creía muy hábil en el ejercicio de las armas al señor de Bargetón.

—Lo mismo da—repuso el marido.—Si no desmiente usted sus palabras en presencia de las personas que están en este momento en su casa, le ruego que nombre un padrino. Mi suegro, el señor de Negrepelisse, vendrá á buscarles á ustedes mañana, á las cuatro de la mañana. Haga usted sus preparativos, si es que no quiere arreglar el asunto de la manera que acabo de indicarle. Yo soy el ofendido y escojo la pistola.

Por el camino, el señor de Bargetón había preparado este discurso, que era el más largo que había hecho en su vida, y lo pronunció sin énfasis y con el aire más tranquilo del mundo. Estanislao palideció, y se dijo para sus adentros:

—¿Qué he visto yo, después de todo?

Pero ante la vergüenza de desmentir sus dichos delante de toda la villa y en presencia de aquel mudo, y el miedo, el horrible miedo que le oprimía el corazón con sus ardientes garras, escogió el peligro más remoto.

—Está bien, hasta mañana—le contestó al señor de Bargetón, creyendo que el asunto podría arreglarse.

Los tres hombres volvieron al salón, donde todo el mundo estudió sus fisonomías: Chatelet sonreía, y el señor de Bargetón estaba enteramente lo mismo que si se encontrase en su casa; pero Estanislao se mostró lívido. Al verle en este estado, algunas mujeres adivinaron el objeto de la conferencia, y las palabras «¡Se baten!» circularon de boca en boca. La mitad de aquella asamblea pensó que Estanislao tenía la culpa y que su palidez y su actitud acusaban una mentira, y la otra mitad admiró la serena actitud del señor de Bargetón. Chatelet se hizo el grave y el misterioso, y el señor de Bargetón, después de haber permanecido algunos instantes examinando las caras, se retiró.

—¿Tienen ustedes pistolas?—preguntó al oído Chatelet á Estanislaio, que tembló de pies á cabeza.

Amelia lo comprendió todo, se indispuso y fué llevada á su dormitorio por las demás mujeres. Se promovió un barullo atroz; todo el mundo hablaba á la vez. Los hombres se quedaron en el salón, y declararon con voz unánime que el señor de Bargetón estaba en su derecho.

—¿Hubieran ustedes creído capaz de obrar de esa manera al señor de Bargetón?—preguntó el señor de Saintot.

—¡Ya lo creo!—dijo el implacable Jacobo.—Es que ustedes no saben que, en su juventud, era uno de los más hábiles en el ejercicio de las armas. ¡Cuántas hazafias tuyas me ha contado mi padre!

—¡Bah! les colocarán ustedes á veinte pasos, y si toman pistolas de caballería, el duelo no tendrá consecuencias—dijo Francis á Chatelet.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Chatelet tranquilizó á Estanislaio y á su mujer diciéndoles que todo iría bien, y que en un duelo entre un hombre de sesenta años y uno de treinta, todas las ventajas estaban de parte de éste.

Al día siguiente, por la mañana, en el momento en que Luciano almorzaba con David, que había vuelto de Marsac sin su padre, entró la señora Chardón toda azorada.

—Luciano, ¿sabes lo que dicen en el mercado?—exclamó.

—Que el señor de Bargetón ha matado casi al señor de Chandour, esta mañana á las cinco, en el prado del señor de Tulloye, porque, al parecer, el señor de Chandour dijo ayer que te había sorprendido con la señora de Bargetón.

—¡Eso es falso! ¡La señora de Bargetón es inocente!—dijo Luciano.

—Un campesino que lo ha visto todo desde su carro, ha dado delante de mí muchos detalles. El señor de Negrepelisse vino á las tres de la mañana para apadrinar al señor de Bargetón, y le dijo al señor de Chandour que, si su yerno salía herido, él sabría vengarle. Un oficial del regimiento de caballería ha llevado sus pistolas, las cuales fueron ensayadas varias veces por el señor de Negrepelisse. El señor del Chatelet quería oponerse á que se probasen las pistolas; pero el oficial que ha servido de árbitro ha dicho que, á menos de obrar como niños, debían asegurarse del buen estado de las armas. Los testigos han colocado á los dos adversarios á veinticinco pasos de distancia, y el señor de

Bargetón, que estaba tan tranquilo como si se tratase de una fiesta, le ha pegado un balazo al señor de Chandour, el cual ha caído sin poder contestar. El cirujano del hospital acaba de decir ahora mismo que al señor de Chandour le quedaría el cuello torcido para el resto de sus días. He venido á decirte el resultado de este duelo, para que no vayas á casa de la señora de Bargetón ni te presentes en Angulema, no sea que los amigos del señor de Chandour te provoquen.

Cuando la madre de Luciano acababa de pronunciar estas palabras, se presentó Gentil, el ayuda de cámara del señor de Bargetón, y entregó al poeta la siguiente carta de Luisa.

«Amigo mío: Sin duda habrá usted sabido el resultado del duelo habido entre mi marido y el señor de Chandour. Hoy no recibiremos á nadie, y en nombre del cariño que me tiene, le ruego que sea prudente y que no se deje ver. ¡No le parece á usted que el mejor empleo que puede usted hacer de este triste día es venir á escuchar á su Beatriz, que tiene mil cosas que decirle y cuya vida ha cambiado por completo con este acontecimiento?»

—Afortunadamente—dijo David,—nuestra boda no se realizará hasta pasado mañana, y así tendrás ocasión de ir con menos frecuencia á casa de la señora de Bargetón.

—Querido David—le respondió Luciano,—me pide que vaya á verla hoy mismo, y yo creo que debo obedecer, porque ella sabrá mejor que nosotros la manera como debo obrar en estas circunstancias.

—¿De modo que ya lo tenéis todo dispuesto?—preguntó la señora Chardón.

—Venga usted á ver—exclamó David, satisfecho de poder enseñar la transformación que había sufrido la habitación del primer piso, donde todo era fresco y nuevo.

Allí se respiraba ese suave ambiente que reina en las casas de los matrimonios jóvenes, cuya vida interior sigue aún coronada por las flores de azahar y el velo de la desposada, cuyo amor se refleja en todas las cosas y donde todo es blanco, limpio y florido.

—Eva estará aquí como una princesa—dijo la madre.—Pero habéis gastado demasiado dinero, habéis hecho locuras.

David sonrió sin responder, pues la señora Chardón había

puesto el dedo en la llaga secreta que hacía sufrir cruelmente al pobre amante: sus previsiones habían salido tan frustradas con la práctica, que no podría construir una habitación para su suegra en mucho tiempo. Las almas generosas sienten un vivo dolor faltando á esa clase de promesas, que constituyen, en cierto modo, la vanidad de la ternura. David ocultaba cuidadosamente su apuro, á fin de no atormentar á Luciano, el cual sufriría, sin duda, al recordar los sacrificios que había hecho por él.

—Pues Eva y sus amigas también han trabajado—decía la señora Chardón.—La ropa blanca y el ajuar están ya dispuestos. Esas señoritas la querían tanto, que, sin que Eva sepa nada, le han forrado el colchón con tela blanca de hilo á rayas color de rosa. Es todo tan bonito, que da ganas de casarse.

La madre y la hija habían empleado todas sus economías en proveer la casa de David de esas cosas en que no piensan nunca los jóvenes. Al saber el lujo que el impresor desplegaba, pues había encargado un servicio de porcelana á Limoges, ellas habían procurado que las cosas que llevaban estuviesen en armonía con las que compraba David. Esta pequeña lucha de amor y de generosidad tenía que llevar á los dos esposos á encontrarse ya apurados desde el principio de su matrimonio, no obstante todos los síntomas de desahogo burgués, que podía pasar por lujo en una villa atrásada como lo era entonces Angulema. En el momento en que Luciano vió que su madre y David se trasladaban al dormitorio, cuyo mobiliario conocía ya el poeta, se fué á casa de la señora de Bargetón y encontró á Nais almorzando con su marido, el cual, como sintiese apetito á causa de su paseo matutino, comía sin preocuparse de lo que había pasado. El anciano y noble campesino, el señor de Negrepelisse, imponente figura, resto de la antigua nobleza francesa, estaba sentado al lado de su hija. Cuando Gentil anunció al señor de Rubempré, el anciano de cabeza cana le dirigió la mirada curiosa de un padre que desea conocer al hombre á quien su hija ha distinguido. La excesiva belleza de Luciano le impresionó tan vivamente, que no pudo contener una mirada de aprobación; pero él creyó ver en las relaciones de su hija un amorcillo más bien que una pasión, un capricho más bien que un amor duradero. Como el almuerzo acababa, Luisa pudo levantarse, dejando á su padre

y al señor de Bargetón, y haciendo seña á Luciano de que la siguiese.

—Amigo mío—empezó diciendo Luisa con un sonido de voz triste y gozoso á la vez—me voy á París, y mi padre lleva á mi marido á Escarbas por todo el tiempo que dure mi ausencia. La señora de Espard, de la familia Blamont-Chauvry, con quienes nosotros estamos emparentados por los Espard, primogénitos de la familia de los Negrepelisse, goza en este momento de gran influencia por sí propia y por sus parientes, y si se digna reconocernos, quiero hacerme muy amiga suya, á ver si con su influencia puede lograr una plaza para Bargetón. Mis peticiones acaso lograrán que le apoyen para la diputación del Charente, haciendo así más fácil su nombramiento. Hijo querido, tú eres quien me ha inspirado este cambio de vida. El duelo de esta mañana me obliga á cerrar mi casa por algún tiempo, porque habrá aquí gentes que se pondrán de parte de los Chandour. Dada nuestra situación en esta pequeña villa, se hace necesaria mi ausencia, que acabará por calmar los odios. Pero, ó yo saldré airoso y no volveré más á Angulema, ó, si no logro lo que deseo, pasaré los inviernos en París y los veranos en Escarbas. Aunque tarde, he acabado por comprender que este es el único género de vida que conviene á una mujer *comme il faut*. Con el día de hoy tendré bastante para hacer mis preparativos, marcharé mañana por la mañana, y usted me acompañará, ¿verdad? Irá usted delante, y entre Mansle y Ruffec montará usted en mi coche y nos iremos á París. Allí está la vida de las gentes eminentes, querido mío, y lo que no sea París, no vale nada. Además, como capital del mundo intelectual, París es el teatro de los éxitos, y nosotros no debemos retardar el momento de trasladarnos allí. No deje usted que sus ideas se pongan rancias en provincia, y comuníquese usted en seguida con los grandes hombres que han de representar el siglo xix. Aproxímese usted á la corte y al poder. El talento que se desarrolla en un pueblecito no goza nunca de distinción ni de dignidades, y sino, dígame usted, ¿qué obras hermosas se han producido en provincias? Vea usted, por el contrario, el sublime y pobre Juan Jacobo atraído invenciblemente por ese sol moral que crea las glorias caldeando los espíritus con el fuego de las rivalidades. ¿No debe usted apresurarse á tomar su plaza entre la pléyade de notables que florecen en cada época? No puede

usted imaginarse lo muy útil que es el que la alta sociedad saque á la luz á un joven de talento. Yo haré que le reciban á usted en casa de la señora de Espard, cuya entrada no logra todo el mundo, y donde podrá usted trabar conocimiento con todos los grandes personajes, los ministros, los embajadores, los oradores, los pares más influyentes y las personas más ricas y más célebres. Sería necesario ser muy torpe para no despertar interés, siendo como es usted guapo, joven y de talento. Las grandes inteligencias no son envidiosas y le prestarán á usted su apoyo, y una vez que usted haya alcanzado nombre, sus obras tendrán un inmenso valor. El gran problema de los artistas consiste en adquirir fama. Nada, nada, estoy segura de que usted ha de tener allí mil ocasiones de hacer fortuna. Por otra parte, á los Borbones les gusta favorecer las artes y las letras; de modo que sea usted poeta religioso y realista. Esto no solamente le será un bien, sino que le abrirá muchas puertas. ¿Es acaso la oposición, el liberalismo, el que da empleos y recompensas y el que hace la fortuna de los escritores? Siga usted, pues, la buena senda é imite á los hombres de genio. Ya conoce usted mi secreto, guarde el más profundo silencio y dispóngase á seguirme. ¿No quiere usted?—añadió, asombrada de la silenciosa actitud de su amante.

Luciano, asombrado y conmovido ante tan seductoras palabras, creyó no haber gozado hasta entonces más que de la mitad de su cerebro, y tanto se agrandaron sus ideas, que se imaginó que la otra mitad se había descubierto entonces: se vió primero en Angulema y se consideró como una rana en el fondo de un estanque. Después, París y sus esplendores, el París que se aparece á todas las imaginaciones provincianas como un Eldorado, se le representó con su bata de oro, su cabeza ceñida de pedrerías reales y con los brazos abiertos á todos los talentos. Las gentes ilustres iban á darle el abrazo fraternal. Allí todo sonreía al genio, y de allí brotaban las obras de los poetas, y sólo allí eran pagados y adquirían fama. Después de haber leído las primeras páginas de *El arquero de Carlos IX*, los librerías abrirían sus cajas y le dirían: «¿Cuánto quiere usted?» Por otra parte, él se imaginaba que después de un viaje cuyas circunstancias le casarían con la señora de Bargetón, ésta sería suya por completo y viviría con ella en París.

Al oír las palabras: «¿No quiere usted?» Luciano respon-

dió con una lágrima, cogió á Luisa por el talle, la estrechó contra su corazón y le llenó el cuello de ardientes besos. Después se detuvo de pronto como herido por un recuerdo, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡mi hermana se casa pasado mañana!

Este grito fué el último suspiro del hijo noble y puro. Los poderosos lazos que unen á los corazones jóvenes con su familia, con su primer amigo y con todos los sentimientos primitivos, iban á recibir un terrible golpe.

—Bueno—exclamó la altiva Negrepelisse;—¿qué tiene que ver el casamiento de su hermana con la marcha de nuestro amor? ¿tanto interés tiene usted en ser corifeo de esa boda de burgueses y de obreros, que no pueda usted sacrificarme sus nobles goces? ¡Vaya un sacrificio, después de todo!—dijo Luisa con desprecio.—Por culpa de usted, esta mañana he enviado yo á mi marido á batirse... Pero, en fin, basta, señor mío, déjeme usted, veo que me he engañado.

Y esto diciendo, Luisa se dejó caer sobre el canapé, adonde Luciano la siguió pidiéndole perdón y maldiciendo á su familia, á David y á su hermana.

—¡Tenía yo tanta confianza en usted!—dijo Nais lamentándose.—El señor de Cante-Croix tenía una madre á quien idolatraba, y, sin embargo, por obtener una carta en que yo le decía: *¡Estoy contenta!* murió en medio del fuego; mientras que usted, tratándose de viajar conmigo, ni siquiera quiere renunciar á una comida de boda.

Luciano quiso matarse, y su desesperación fué tan verdadera y profunda, que Luisa le perdonó, si bien haciéndole ver que tendría que pagarle aquella falta.

—Vamos, váyase, sea discreto y encuéntrese mañana, á las doce de la noche, á cien pasos de Mansle.

Luciano sintió pequeña la tierra bajo sus pies, y se volvió á casa de David, seguido de sus esperanzas, como Orestes lo estaba por las Furias, pues entreveía mil dificultades que se resumían en las siguientes palabras: «¿Y el dinero?» La perspicacia de David le asustaba tanto, que se encerró en su bonito despacho para reponerse del aturdimiento que le causaba su nueva petición. Luciano sintió cierta pena al considerar que tendría que abandonar aquella habitación haciendo inútiles todos los sacrificios que para establecerle en ella se habían hecho; pero se consoló pensando que su padre podría vivir allí y que David economizaría de este modo la costosa

obra que había proyectado hacer en el patio. Su marcha debía arreglar á su familia, y el poeta encontró mil razones perentorias para justificarla, pues no hay nada más jesuita que un deseo. Inmediatamente corrió al Houmeau á casa de su hermana para comunicarle sus proyectos y ponerse de acuerdo con ella. Al pasar por delante de la botica de Postel, el joven pensó que, si no había otros medios, tendría que pedirle prestado al sucesor de su padre la suma necesaria para permanecer un año en París.

—Si vivo con Luisa, un escudo diario será para mí una fortuna, y la estancia de un año en París asciende solamente á mil francos. Pero ¡quién sabe! Acaso sea rico dentro de seis meses.

Mediante promesa de profundo secreto, Eva y su madre oyeron las confidencias de Luciano, lloraron escuchando sus ambiciosos proyectos, y cuando el joven poeta quiso saber la causa de aquella pena, las dos mujeres le dijeron que todo lo que poseían lo habían empleado en ropa blanca, en el ajuar de Eva y en otra multitud de adquisiciones en que David no había pensado y que ellas habían hecho gustosas, pues el impresor reconocía á Eva una dote de diez mil francos. Luciano comunicóles entonces su idea de pedir el dinero prestado, y la señora Chardón se encargó de ir á pedirle al señor Postel mil francos por un año.

—Pero ¿no vas á asistir á mi matrimonio, Luciano?—dijo Eva con el corazón oprimido.—¡Oh! ¡vuelve, te esperaré unos cuantos días! Una vez que la hayas acompañado, supongo que te dejará volver por quince días. ¡No nos concederá esta dicha á nosotros, que te hemos criado para ella? Si tú no estás presente, nuestra unión acabará mal. Pero ¿tendrás bastante con mil francos?—dijo interrumpiéndose de pronto.—Aunque tu traje te está divinamente, no tienes más que uno, y no te quedan más que dos camisas finas, porque las otras son bastas. No tienes tampoco más que tres corbatas de batista, porque las otras son de algodón, y tus pañuelos no valen nada. Necesitas llevar mucho más, porque ¿encontrarás en París una hermana que te lave y planche la ropa el día que la necesites? No tienes más que un pantalón de mahón hecho este año; los del año pasado te son estrechos, y tendrás que hacerte ropa en París, donde cuesta mucho más cara que en Angulema. No tienes más que dos chalecos blancos pasaderos; los otros te los he te-

nido que repasar yo. Mira, te aconsejo que te lleves dos mil francos.

En este momento, David, que entraba, pareció haber oído estas dos últimas palabras, porque examinó á los dos hermanos y dijo:

—No me ocultéis nada.

—Pues bien—exclamó Eva,—¿se va con ella!

—Postel—dijo la señora Chardón entrando sin ver á David—consiente en prestar los mil francos; pero por seis meses nada más, y quiere una letra de cambio tuya aceptada por tu cuñado, pues dice que tú no ofreces ninguna garantía.

La madre se volvió, vió á su yerno, y las cuatro personas guardaron profundo silencio. La familia Chardón comprendía lo mucho que había abusado de David, y estaba avergonzada. Una lágrima brotó de los ojos del impresor, al mismo tiempo que decía:

—¿De modo que no asistirás á mi boda? ¿no te quedas con nosotros? ¡Y yo que he gastado todo lo que poseía! ¡Ah, Luciano! yo, que le traía á Eva sus pobres alhajas de casada—dijo enjugándose los ojos y sacando unos estuches del bolsillo,—no sabía que había de sentir el haberlas comprado—añadió colocando sobre la mesa, delante de su suegra, varias cajitas cubiertas de marroquí.

—¿Por qué piensas tanto en mí?—dijo Eva con una sonrisa de ángel.

—Mamá querida—exclamó el impresor,—vaya usted á decir al señor Postel que consiento en dar mi firma, porque veo, Luciano, que estás muy decidido á partir.

Luciano inclinó pausada y tristemente la cabeza, y dijo un momento después:

—No me juzguéis mal, ángeles míos; esperad los resultados—añadió tomando á Eva y David y dándoles un apretado abrazo—y ya sabréis lo mucho que os quiero. David, ¿de qué serviría nuestra elevación de pensamiento, si no nos permitiese hacer abstracción de las pequeñas ceremonias que acompañan á ciertos actos? ¿No estará mi alma aquí, á pesar de la distancia? ¿no nos reunirá el pensamiento? ¿No tengo que labrarme un porvenir? ¿Vendrán los libreros á buscar aquí un *Arquero de Carlos IX* y *Las Margaritas*? Más tarde ó más temprano, ¿no tendré que hacer lo que hago hoy, y podré encontrar nunca circunstancias más favorables? ¿No es una verdadera fortuna el que yo pueda estre-

narme en París entrando en el salón de la marquesa de Espard?

—Tiene razón—dijo Eva.—¿No me habías dicho tú mismo que no tardaría en irse á París?

David tomó á Eva por la mano, la llevó á aquel angosto cuarto donde dormía la joven hacía siete años, y le dijo al oído:

—Amor mío, ¿no decías que necesita dos mil francos? Postel no presta más que mil.

Eva dirigió á su prometido una mirada que daba idea de todos sus sufrimientos.

—Escucha, Eva adorada, vamos á empezar mal la vida. Sí, he gastado todo lo que poseía; no me quedan más que dos mil francos, y la mitad es indispensable para los gastos de la imprenta. Darle mil francos á tu hermano, es darle nuestro pan y comprometer nuestra tranquilidad. Si yo fuese solo, ya sé lo que haría; pero somos dos. Decide.

Eva, desesperada, se arrojó en brazos de su amante, le besó tiernamente y le dijo, llorando, al oído:

—Obra como si fueses solo; yo trabajaré para rescatar esa suma.

No obstante el beso más ardiente que hayan podido cambiar dos amantes, David dejó á Eva abatida y se fué al lado de Luciano para decirle:

—No estés apenado; tendrás los dos mil francos.

—Idos á ver al señor Postel para firmar juntos la letra—dijo la señora Chardón.

Cuando los dos amigos volvieron, sorprendieron á Eva y á su madre rezando de rodillas, pues si sabían las muchas esperanzas que había de realizar la vuelta de aquel viaje, en aquel momento comprendían todo lo que perdían, y consideraban demasiado cara una dicha futura que había de ser pagada con una ausencia que les causaba mil temores acerca del porvenir de Luciano.

—Si algún día olvidases esta escena, serías el último de los hombres—dijo David al oído á Luciano.

El impresor sin duda juzgó necesarias estas graves palabras, porque no temía tanto la influencia de la señora de Bargetón como la funesta volubilidad del carácter de Luciano, el cual lo mismo podía seguir la buena senda que la mala. Eva no tardó en hacer la maleta de Luciano. Este Hernán Cortés literario llevaba poca cosa. Vestía su mejor

levita, su mejor chaleco y una de sus dos camisas finas. Y toda su ropa, su famosa levita, sus efectos y sus manuscritos formaron un paquete tan pequeño, que, para ocultarlo á las miradas de la señora de Bargetón, David propuso enviarlo por la diligencia á su corresponsal en París, dándole orden de que lo tuviese á disposición de Luciano.

A pesar de las precauciones tomadas por la señora de Bargetón para ocultar su viaje, el señor del Chatelet lo supo, y deseando saber si iría sola ó acompañada de Luciano, envió á su criado á Ruffec, con orden de que examinase todos los coches que relevasen el tiro en la posta.

—Si se lleva á su poeta, ya es mía—pensó el barón.

Luciano partió al día siguiente al rayar el alba, acompañado de David, que se había procurado un cabriolé con un caballo, anunciando que iba á tratar de ciertos asuntos con su padre, pequeña mentira que resultaba muy probable en aquellas circunstancias. Los dos amigos se fueron á Marsac, pasaron una parte del día en casa del antiguo *oso*, y luego, por la noche, se fueron al otro lado de Mansle á esperar á la señora de Bargetón, que llegó al amanecer. Al divisar la vieja calea sexagenaria que tantas veces había visto en la cochera, Luciano experimentó una de las emociones más violentas de su vida, y dió un abrazo de despedida á David, el cual le dijo:

—¡Quiera Dios que sea para bien tuyo!

El impresor volvió á subir á su cabriolé, y regresó con el corazón oprimido, pues tenía horribles presentimientos acerca del porvenir de Luciano en París.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO